

Miguel Servet y la herencia del método

FERNANDO FUENTES GORGAS

2º Bachillerato

*No sabía decirlas, no podía;
porque jamás las pronunciara antes,
juntas así.
La angustia la mataba,
imposible aguantar aquel anhelo
que era dolor cruel
de tan agudo.
Y las palabras nunca dichas
fueran el único remedio
en aquel trance
que alteraba su cuerpo:
de la piel, hasta lo más profundo.
Con voz rota ella pide:
¡Oh tú, por caridad ayúdame
a decirte que... Palabras.*

Palabras nunca dichas
José Agustín Goytisolo

I.- INTRODUCCIÓN. DEL PROCESO DE PERCEPCIÓN COMO PUERTA A LA INVESTIGACIÓN

La palabra es tan sólo la expresión de aquello que emana de la mente, es lo que permite hacer aprehensibles todos esos pensamientos al reducirlos a unos patrones comunes, que son los que conforman el lenguaje, y poder así comunicarnos entre nosotros y con nosotros mismos.

Por contra, el derecho a no sólo expresarla sino incluso a idearla, como así nos muestra el estudio de la historia, se ha visto vetado por la clase dirigente del momento cuando no seguía la línea de pensamiento marcada por ésta. Pero el veto también es en sí mismo palabra, por lo que permite involuntariamente a nivel práctico la distancia entre su expresión y su aplicación.

El personaje de Miguel Servet, de tan polifacético, nos resulta difícil reducirlo a un mero resumen de su persona, pero a rasgos generales es sabido que fue llevado a la hoguera por el reformador Juan Calvino en 1553, como consecuencia de la publicación de sus obras, especialmente su *Christianismi restitutio*, por atacar los pilares del cristianismo tan firmemente aceptados incluso en el Renacimiento, en especial el de la descripción “oficial” de la Trinidad. Centrándonos en su persona, sería interesante preguntarnos lo siguiente: ¿cómo es posible que un hombre, aún a riesgo de ser quemado vivo, exprese aquello que puede firmar su sentencia de muerte? Lo que aquí pretendemos está lejos de intentar proponer una respuesta documentada y contrastada a esta cuestión. Nuestro objetivo no es el de “hacer ciencia” sobre el personaje histórico de Servet, sino el de poder concluir razonadamente que Servet constituye un bellissimo

ejemplo de integridad personal e ideológica, de innovación intelectual, y de víctima de la intransigencia social, lo que nos lleva a justificar la necesidad de la exigencia de que exista una total libertad de conciencia y de expresión, con las posibles implicaciones que quizá esto podría conllevar.

Tendremos siempre en mente a un Servet que, movido por su característica inquietud y partiendo de su propia percepción, concibió todo un sistema filosófico-teológico en el que creyó tan firmemente que, en un momento dado, se vio llevado a elegir una muerte tan terrible como la que sufrió frente a la traición a su propio pensamiento, con lo que seguramente habría acabado enterrándose en vida.

El razonamiento que seguiremos pretende argumentar que para que la libertad de conciencia y expresión exista tal cual se la concibe, como germen de un profundo respeto social que permita el desarrollo del individuo en todos los niveles y no como un mero adorno político, quizá deberíamos concebir que una pauta generada por un individuo o un grupo de individuos carece de cualidades por sí misma para convertirla en expresión de la verdad absoluta y a la que otras pautas deban someterse, sino que es tan sólo la expresión de la intención de alcanzar un determinado fin por parte de dichos personajes.

De esta manera, todo conocimiento comunicable, por sí mismo y en relación a esa verdad absoluta, queda reducido al nivel de la opinión, que es la expresión del pensamiento que se ha generado en nuestra mente tras haber asimilado un estímulo del medio. El conocimiento sobre un objeto diferiría por tanto del conjunto de cualidades que posee dicho objeto en tanto que dicho conocimiento pertenece a la mente de un sujeto que ha debido transformarlo para poder luego asimilarlo; este proceso recibe el nombre de percepción.

Entendiendo *realidad* como todo aquello que existe, y por tanto como *existencia* todo aquello que pertenece a dicha realidad, distinguiremos dentro de ella un entorno y un sujeto. El sujeto, por ser objeto existente, puede ser blanco de su propia percepción y de esa auto-interacción quedará en su mente una imagen de sí mismo, que no tiene por qué corresponder con lo que realmente es; a esta imagen la llamaremos 'S₁'. Partiendo de la premisa de que la realidad es todo cuanto existe, le atribuiremos unas cualidades ontológicas determinadas, que denominaremos como 'A', para poder seguir con el razonamiento. Por deducción decimos que el entorno, por pertenecer al todo que es la realidad, también posee 'A'. Ahora bien, contradiciendo lo que dijeron algunos, lo que el sujeto percibe del entorno no equivale tan sólo a 'A', sino que es la mezcla de dichas cualidades más la proyección de la imagen que éste posee de sí mismo: 'A+S₁'; esto genera una imagen particular del mundo para el sujeto que será lo que éste comience a interpretar, resultando '(A+S₁)'. Como ejemplo de esto se puede utilizar cualquier situación en la que un mismo estímulo produzca diferentes sensaciones en diversos individuos; valga el de las variaciones de color que sufren las letras vocales al ser pensadas por diferentes personas, que podemos contrastar con el francés Rimbaud en una de sus más bellas poesías¹.

¹ "A noir, E blanc, I rouge, U vert, O bleu..."; « A negra, E blanca, I roja, U verde, O azul ». Arthur Rimbaud, *Voyelles, Poésies* en Jean Orizet, *Anthologie de la poésie française*, París, Larousse, 1995, p. 379.

Una vez acontecidas las transformaciones de un objeto de la realidad hasta su imagen percibida por la mente de un sujeto pensante, nos aparece el caso de un segundo sujeto al que comunicar el resultado que el primero ha obtenido. El lenguaje surge en este momento de transmisión en el que se requiere la poda de aquello que ha crecido en la mente del primer sujeto sin gran mesura. El segundo sujeto no tiene por qué ser necesariamente un segundo individuo: puede ser el mismo sujeto primero pues pese, a haber asimilado esa sensación, le es imposible trabajar con ella, a no ser que la introduzca en el lenguaje como la escayola se introduce en un molde para darle una forma reconocible. Sin embargo, el mensaje a comunicar no va a ser percibido íntegramente, sino que sufrirá las mismas transformaciones que sufrió 'A' para poder ser asimilado y posteriormente comunicado.

Para ejemplificar todo lo anterior nos iremos de visita a la *National Gallery*. Cuando nos encontramos frente a una obra pictórica, se produce un acontecimiento que no suele llamar especialmente la atención pero que no por eso deja de estar ahí. Imaginémonos que nos hallamos frente a la genial obra de Van Eick del *Matrimonio Arnolfini*. A cada uno de nosotros, que sonamos a través de una máscara propia, que es la personalidad que la sociedad nos ayuda a fabricar, siendo diferentes las caras que se esconden detrás de cada una, veremos irremediamente una imagen u otra, siendo que es el mismo cuadro el que está ahí. Los hay incluso que, no siendo menos geniales, logran plasmar esa visión personal en otro lienzo, des-figurando para unos, recomponiendo para otros, el cuadro flamenco. Veamos esa nueva interpretación que ha realizado nuestro pintor contemporáneo como un conjunto de latas oxidadas y cajas destrozadas ordenadas de manera que ocupan los espacios estudiados al milímetro por Van Eick, especialmente el del espejo. El pintor nos sitúa al otro lado de éste, en su posición, para poder ver lo mismo que él ve, pero esa situación nunca se va a producir, porque cada uno proyectará su ser en su visión y será la argamasa que se produzca entre el espectador y el espectado lo que será asimilado por el primero del segundo, y sería un error creer que se está bebiendo de algo puro o peor, ajeno a uno mismo.

De acuerdo con el anterior razonamiento, concluimos que para llegar al conocimiento de la realidad sería necesario ignorar cuanto se nos haya dicho al respecto, cosa que hará Descartes, e iniciar un viaje regresivo hacia una inocencia y una naturalidad utópicas, una total armonía con la realidad en la que sujeto y entorno dejan de ser tales para pasar a ser una misma sustancia. Esto no impide que podamos vivir la certeza de haberlo alcanzado, pero esto a su vez tampoco impide el hecho de que no lo hayamos logrado. Un conocimiento absoluto no parece tener cabida en una mente humana tal cual la entendemos hoy, pero eso no significa que no podamos intentar aproximarnos con esperanzas de éxito. Valga como ejemplo la literatura utópica. Libros como *Utopía* de Tomás Moro o *República* de Platón constituyen un ejemplo de concepción de la perfección, es decir, de aquello que ya no puede mejorar: es una manera de marcar una meta hacia la que dirigirnos; sin embargo, estos libros marcaron un fin al progreso y actualmente un hombre del siglo XXI sabe, al menos de manera práctica, que no es posible fijar un punto límite y certero a nuestro progreso global desde nuestra posición particular en el tiempo y el espacio, tan sólo lo puede especular y conjeturar, esto es, expresar su opinión. Por lo tanto, establecemos que es la opinión el más alto nivel de conocimiento que nos es posible alcanzar, pues consiste en saber que se sabe y lo que se sabe, cosa que es muy diferente de saber que ciertamente conocemos

cuanto realmente existe, esto es, conocer el *noúmeno* del que habló Kant. Es en el ámbito de la opinión donde la mente humana trabaja y donde debemos fijar nuestra atención.

El escéptico lleva todo saber, o toda opinión, al análisis más exhaustivo, de ahí su nombre *skepsis*, “observación rigurosa o examen”, para llegar a las más altas cotas de conocimiento posibles, sin dejar de afirmar que nunca superarán el grado de opinión. No afirmará que “P es Q” sino que “P parece Q”, dejando siempre la posibilidad de su contrario sin que la afirmación se vea modificada, pues busca un camino hacia ese conocimiento sin dejar atrás ninguna quimera, como así nos lo describe Descartes en su *Discours de la Méthode*: “Como un hombre que camina solo y entre tinieblas, tomé la decisión de ir tan lentamente y de ser tan precavido en todos los aspectos que, si apenas avanzaba, al menos me guardaría de caer”². Ese avanzar en la búsqueda de aquella verdad es lo que llevó a Descartes a poner en tela de juicio todas las opiniones dichas antes de él; procedió al desmoronamiento de lo firmemente aceptado hasta su época en busca de una nueva filosofía.

El conocimiento de la historia del pensamiento fluye a través de todos los individuos del planeta que sean capaces de detenerse a observarlo; Miguel Servet no solo lo observó sino que añadió nuevas aguas al torrente. Por supuesto, no sabemos si la intención de Servet fue esa, cosa que poco nos interesa de momento, pero el hecho es que nosotros lo observamos así desde un siglo XXI en el que Servet lleva muerto mucho tiempo y en el que sus obras ya han sido publicadas, quemadas, recuperadas y estudiadas. Por lo tanto, no es nuestra prioridad la de añadir aguas al torrente, pues no está a nuestro alcance saber si lo logramos o no, sino el de estudiar la bella colisión que se produce entre la ola servetiana y nuestro propio pecho.

De esta manera, rompiendo todo lazo histórico y observando la escena, podemos decir que la importancia que tuvo para el pensamiento la búsqueda del método cartesiano, puede que no hubiera sido tan extraordinaria si la intransigencia de algunos no hubiera llevado a la hoguera a un personaje que tuvo la suficiente lucidez como para ver las sombras como lo que son y que decidió emprender esa búsqueda individual de la verdad a través de dificultosos caminos que él mismo labró, cumpliendo el conocido dicho del rey belga Carlos el Temerario, que dice que “No es necesario esperar para emprender, ni tener éxito para perseverar”³.

II.- EL MÉTODO. PRIMERA PARTE. DESCARTES Y SU DEMOLICIÓN METÓDICA

La investigación, o ciencia, es el proceso por el cual el individuo va en busca del conocimiento absoluto, aún ingénito, que se producirá tras la interacción con la realidad pura. Es un navegar a la deriva, sin otro guía que el criterio personal; carece pues de motivo coactivo o lucrativo ya que sólo el individuo puede encomendarse a sí mismo esa búsqueda y no se trata de otra cosa que de un proceso de auto-construcción.

². “Comme homme qui marche seul et dans les ténèbres, je me résolu d’aller si lentement et d’user de tant de circonspection en toutes choses que, si je n’avançais que fort peu, je me garderais bien, au moins, de tomber”, René Descartes, *Discours de la Méthode*, Pössneck, ed. Librio, Philosophie, 2004, p. 22.

³ “Il n’est pas nécessaire d’espérer pour entreprendre ni de réussir pour persévérer”.

En este bagaje sin un fin certeramente concebible a priori, aparecen derivaciones por las que podemos llegar a otro tipo de conocimiento que sí es aprehensible, pues hemos sido nosotros mismos quienes lo hemos generado. En primer lugar podemos considerar lo que denominamos como *ciencias naturales* y *ciencias humanas*, que abstraen el mundo que rodea al individuo y al individuo en sí para poder estudiarlo y facilitarle la vida, carecen de cualquier intención teleológica y son un mero instrumento, un bastón que el hombre ha tallado para apoyarse en su vagar en busca de dicho contacto y que no puede por tanto responder al fin para el que el hombre comenzó a buscar; avanzando más en ese bagaje, el hombre vuelve a abstraer el mundo que le rodea, pero lo hace de tal modo que rompe todo lazo referencial con él y construye una nueva realidad ideal regida por unos patrones radicalmente asentados en su intelecto y que no dejan lugar para la duda, la incertidumbre o la contradicción, pues dicen que o “A es igual a B” o “A es diferente de B”. Son lo que denominamos *ciencias exactas*, de las que sí se puede decir que son conocimiento verdadero, válido e inmutable pero sobre una realidad que el propio individuo ha generado, por lo que tampoco responde a la búsqueda iniciada.

Esta búsqueda podemos dividirla en dos fases: la primera, desde la que se empieza, es la del estudio de la historia de ese vagar, es decir, estudiar cuanto se dijo en el pasado y pasó a ser rechazado y cuanto aún se mantiene vigente o aún se acepta; sin embargo, es necesario otro nuevo estadio, que es el de la aplicación de todos esos datos para continuar avanzando en el saber humano: la investigación, el verdadero motor del conocimiento que consiste en todas las operaciones que el individuo seguirá para llegar a ese conocimiento verdadero.

A su vez, la labor del investigador se puede dividir en dos partes fundamentales: lo que dice y cómo lo dice, o mejor, su trabajo en sí y los patrones mediante los que lo ordena y estructura, es decir, el método. Así como es propio de cada investigador su labor, el método no tiene por qué ser exclusivo a un individuo; es más, podemos establecer criterios comunes y que continúan en el tiempo en personajes sin relación alguna aparente, dejando al investigador como punto de unión y coherencia de las ideas estudiadas.

Si hay alguien que represente la importancia radical del método como *regulae ad directionem ingenii* es René Descartes, pensador francés del siglo XVII que, tras una educación escolástica en el colegio de “*La Flèche*”, cansado y aburrido de dejarse guiar a callejones sin salida por las ciencias de su tiempo, decidió desmoronar en su pensamiento todo cuanto se hubiera pensado y creído hasta el momento (*eversio*) para poder construir una nueva filosofía libre de errores; intentó trasladar la *certitudo* matemática a la investigación y evitar caer en falacias y en contradicciones, aunque fuera necesario, como se citó antes, ir tan despacio que apenas se avance.

La filosofía cartesiana está dividida en dos fases fundamentales de las que aquí sólo nos interesa la primera, que constituye el “derrumbamiento” del que hemos venido hablando y que a su vez está dividido en cinco etapas. En una primera fase el individuo se da cuenta de que el conocimiento sensible es de todo punto dudoso, pues no se puede asegurar que lo que vemos sea en sí mismo realmente tal cual lo vemos o, siquiera, que veamos o imaginemos; sin embargo, el sujeto no se sitúa fuera del mundo sensible, por lo que sería lícito dudar de uno mismo. En una segunda fase llega por tanto a la

conclusión de que una certeza de la existencia corporal es también dudosa pues, por ejemplo, durante los estados de sueño vive en la certeza de estar en la vigilia; de esta manera, la naturaleza real de los cuerpos es totalmente incognoscible. Esto le llevó a una tercera fase en la que todo era dudoso, y que caracterizó a su método bajo la llamada “duda metódica”; sin embargo, Dios, que es perfecto, y por tanto bueno, no puede haber creado al hombre en un estado total de equivocación e incertidumbre. Pero en una cuarta fase se da cuenta de que es posible que no sea Dios sino un *genius malignus* quien nos engaña, por lo que se ve llevado irremediamente a una quinta fase en la que absolutamente todo es dudoso y no hay nada realmente seguro. Este es el verdadero pilar de toda su filosofía, el escepticismo radical, pero Descartes concibe el conocimiento con un fin práctico y la teoría como un medio para llegar a la praxis, contrariamente a Aristóteles, para el que alcanzar lo que la teoría supone, independiente de toda praxis, constituía la contemplación de lo divino y por tanto el fin supremo de la vida humana, es decir, lo que más felicidad le reportaba al individuo. De esta manera, Descartes acaba encontrando una solución que de tan simple, dice él, se presentaba “tan clara e indisolublemente a mi entender que no encontraba ocasión alguna para ponerla en duda”⁴: siendo que todo es dudoso, es necesario que el individuo que lo piensa sea algo, de lo contrario no podría afirmarlo: “*je pense, donc je suis*”, pienso luego existo, siendo el pensamiento la causa de la existencia y a su vez, siendo la existencia la causa del pensamiento.

De esta manera, mediante la razón orientada por la intuición, llega a la afirmación de una *res cogitans*, una materia pensante; la idea, por ser pensada, existe, y si existe, tiene que tener un referente o causa real; razonando así, llega a la afirmación de la *res infinita*, que es Dios, pues si la idea de la perfección puede ser concebida, es necesario que tenga un referente real de las mismas magnitudes, y de la *res extensa*, que es la naturaleza de las cosas materiales. Además, paralelamente al “argumento ontológico” de Anselmo de Canterbury, si a un objeto se le reconoce una cualidad, debe pertenecerle necesariamente, por lo que si reconocemos la perfección, debe existir el ente real al que le pertenece.

A partir de aquí la filosofía cartesiana se adentra en la reconstrucción de esa filosofía siempre siguiendo unos procedimientos y una metodología matemática. Siendo la matemática, como se ha dicho, una ciencia abstraída y sin referencias plausibles, el aplicarla a la filosofía implica o bien abstraer la filosofía, cosa con poco sentido, pues dejaría de tener cualquier utilidad práctica, o bien aplicar la matemática, hecho, por cierto, radicalmente imposible pero que con un ligero cambio proposicional tiene solución: una de las reglas básicas de la matemática consiste en que “se dice que A es igual a A”, de ahí su abstracción, pues mientras no se demuestre lo contrario, no hay dos partículas exactamente iguales en este mundo (igualdad no sólo en características propias a la partícula sino además en tiempo y espacio); la solución que permite la aplicación es partir de que se acepta no sólo que “se dice que A es igual a A” sino que “A es igual a A”. Si el lenguaje matemático busca la expresión precisa y aceptada en convenio por simple comodidad y que podría por tanto expresarse de otra manera, el lenguaje de Descartes es un lenguaje que dice describir la realidad, pues deja de ser una

⁴ “*Si clairement et si distinctement à mon esprit que je n’eusse aucune occasion de le mettre en doute*”, René Descartes, *Discours de la Méthode*, o. c., p. 23.

expresión arbitraria y circunstancial para pasar a ser necesaria y unívoca. Así se adentra en una serie de aspectos que ahora ya no nos conciernen.

Lo que nos interesa de Descartes es su decisión de derrumbar toda esa historia del conocimiento para reconstruir una nueva, partiendo de premisas correctas, desde su punto de vista, y en un orden completamente nuevo para el momento: si la filosofía medieval trataba la certeza de la existencia del hombre en tanto que era cierta la de Dios, Descartes llega a la certeza de la existencia de Dios a partir de la del hombre.

Sería incorrecto decir que la teología sigue este mismo patrón, pero se puede observar que el teólogo no es alguien que investigue “hacia atrás”. La teología es una faceta de la investigación pero, a diferencia de la filosofía, que va “a la deriva”, la teología determina desde un principio que es lo divino lo que está al final del sendero y es el investigador el que se pone al servicio del objeto que estudia para que éste le dirija hacia él. Es por tanto una ciencia de mediación que tiene muchas y muy diversas manifestaciones.

La teología judeo-cristiana pone a Dios al final de ese sendero; la cristiana, más concretamente la católica, pone a un Dios que ha enviado ya a su hijo, expresando así una serie de intenciones y mensajes, y éste, a su vez, ha dejado en la tierra su testimonio, que es su Iglesia. Desde su fundación, ha habido centenares de individuos que, movidos por su inquietud, se han manifestado contrarios a los mandatos de esta Iglesia; ambos bandos justificaban su postura argumentando desde la Biblia, fuente natural del conocimiento sobre Dios; de esta manera, la Iglesia promulgó ya no las Sagradas Escrituras en sí mismas, sino la interpretación que sus doctores habían dado, clasificando de herejes⁵ a todos cuantos se manifestaran en desacuerdo. Muchos de ellos, los que fueron siendo descubiertos, acabaron siendo perseguidos, pero no por ello dejaron de seguir apareciendo individuos que se manifestaron profundamente en desacuerdo con la Iglesia Católica.

En un pequeño pueblo de lo que conocemos bajo el nombre del prepirineo aragonés, en 1511, nació uno de estos personajes que vivió, pensó y se manifestó contrario, y de tan radical que era su postura, no fue sólo perseguido por la Iglesia, sino por otros heresiarcas de su tiempo, acabando en la hoguera a manos de uno de ellos. Este personaje fue Miguel Servet que, como humanista que era, cultivó muy diversas parcelas del saber, siendo la de la medicina la que le permitiría el seguir siendo recordado, pues se le atribuye el descubrimiento de la circulación menor o pulmonar. Sin embargo, los últimos estudios parecen apuntar que más probablemente no fuese él quien la descubriera sino quien tuvo la valentía de publicarla por primera vez⁶, ya que existen otros escritos en los que aparece una similar descripción, como los del italiano Realdo Colombo, *De re anatómica*, publicado en 1559 aunque preparado por lo menos en 1553, año de la publicación de *Christianismi restitutio*, tratado de teología en el que

⁵ Este término posee connotaciones que aquí no pretenden ser incluidas; con “hereje” nos referimos a todos aquellos individuos que estuvieron en contra de los mandatos de la Iglesia Católica Apostólica de Roma.

⁶ Valentía, pues siendo la sangre tratada como el espíritu, su trayecto por el cuerpo implicaba una serie de consecuencias teológicas.

Servet describe la circulación menor como argumento para sus tesis teológicas y del que se cree pudo estar ya preparado en 1545⁷.

Sea como fuere, Miguel Servet, apellidado por cierto afrancesado por él mismo desde el Serveto original, pese haber pasado a la historia por su faceta médica, no es éste su más importante aspecto y el que nos haya reportado el más gran legado, como así coinciden la inmensa mayoría de los estudiosos de su persona, sino el de la conciencia de la necesidad de la existencia de la libertad de conciencia y expresión. Es en efecto su faceta como teólogo y, más precisamente, el hecho de que muriera por no querer renunciar a sus ideas sobre el cristianismo lo que desencadenó una serie de movimientos a pequeña escala por ciudades europeas como la propia Ginebra en la que fue quemado y en Basilea que acabarían llegando al inglés Locke y ilustrados franceses como Voltaire⁸ o Rousseau, desde los que pasaría al político norteamericano Thomas Jefferson y de él a la Constitución de los Estados Unidos de América, primera en la que se establece el derecho a la libertad de conciencia y de expresión como un derecho inalienable.

Es cierto que Servet es sólo uno más de los lamentablemente numerosos ejemplos de grandes pensadores asesinados por hombres cuya intransigencia e intereses les cegaban hasta tal punto de no darse cuenta de que, como dijo Castellio, uno de los más grandes defensores de Servet tras su ejecución, “matar a un hombre no es defender una doctrina, es matar a un hombre”.

Este estudio pretende reforzar la idea, aún no lo suficientemente divulgada, del gran legado que nos dejó Miguel pero, además, destacar otros dos grandes legados: el del radicalismo como método intelectual y, especialmente, la raíz de todo, el desprecio por el “criterio de cómoda autoridad” que poblaba el cristianismo y que le llevó a ver como necesario el derrumbar toda esa estructura, como un siglo después haría Descartes, para poder ver la luz y seguir avanzando en el camino de *la* verdad, y todo ello siguiendo un patrón fundamental de pensamiento.

III.- EL MÉTODO. SEGUNDA PARTE: “EL HÁBITO HIZO AL MONJE”. EL MÉTODO SERVETIANO

El método servetiano es pues una repulsión contra el cómodo estudio de la teología de su tiempo, tal cual la veía él, que tenía como objetivo regresar a los orígenes del cristianismo, en una actitud que nos recuerda en cierta manera a ese Quijote que lanza en ristre pretendía restaurar aquella mítica Edad de Oro que se puede contemplar en los poemas de Ovidio y de Virgilio⁹. El método de Servet consta, al igual que el de

⁷ Ángel Alcalá, “Los dos grandes legados de Servet: el radicalismo como método intelectual y el derecho a la libertad de conciencia”, *Turia* 63-64 (2003), pp. 223-224.

⁸ Pueden servir de ilustración las siguientes citas de Voltaire: “No respeto más que la verdad; he condenado abiertamente el asesinato de Servet, todos los furros de la guerra y los arrebatos de la paz; detesto la persecución y el fanatismo ahí donde se encuentre”. “Servet era un loco muy honesto y Calvino el fanático, tunante hecho para ser un gran inquisidor, un alma atroz y sanguinaria, un monstruo de orgullo y crueldad” (<http://www.servetus.org>).

⁹ “¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados; y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella

Descartes, de dos grandes etapas. La primera, es el derrumbamiento, la *eversio*, por el cual todas las doctrinas de ese cristianismo corrupto desde 325 tras el primero de los cuatro concilios ecuménicos, el Concilio de Nicea, sería sustituido por la verdadera doctrina del Cristo que había estado en vigor hasta entonces y en la que trabajaron los antiguos teólogos como Tertuliano o Ireneo. Esa es pues la segunda parte de su método, la de la reconstrucción, que en Descartes no nos merecía mucho la atención pero que en Servet posee una estructura que condiciona todo lo demás.

Así como en Descartes era la búsqueda de una filosofía libre de errores desde sus mismas premisas que le condujese con total seguridad a la verdad absoluta aquello que le incentivaba a continuar su reflexión, en Servet distinguiremos dos motivos fundamentalmente: el primero, paralelo al cartesiano, es el de la búsqueda de esa verdad absoluta, que en su caso se trataba del conocimiento de la verdadera naturaleza de Dios y del Cristo para poder liberarse así de la “usurpación” de la Iglesia por parte del Anticristo¹⁰; el segundo, motor y causa del anterior, es el de su actitud de intelectual, el de su radical manera de pensar, que le llevó a buscar en lo más profundo de sí mismo y de la doctrina que estudió, como más adelante explicaremos.

Existen serias dudas sobre su intención de llevar a la acción su sistema teológico como así hiciera Calvino o Lutero. Lo cierto es que no existen pruebas fehacientes ni para afirmarlo ni para negarlo, por lo que no nos decantaremos ni en una ni en otra opción. De todos modos, siendo Ángel Alcalá uno de los más importantes estudiosos actuales sobre Miguel Servet, si no el que más, que su opinión sirva de ilustración cuando dice que “su figura inconfundible abarca todas las trazas de un gran pensador irreductible que trabaja a escondidas fraguando una obra con la que aspira a transformar el mundo por el sólo valor de la palabra escrita, sin hollarla con las impurezas de la acción”¹¹. Es pues un intelectual puro, en tanto que llega a confundirse con su obra, como un auténtico místico, pero que “no supo conjuntar la tarea de la pluma y del torbellino de organización”¹². Habiendo sido dividida la reforma servetiana por Alcalá en magisterial y radical, Servet se decantaría por la segunda a causa de la insuficiente utilidad de la primera.

venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío! Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quebradas de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano, sin interés alguno, la feliz cosecha de su dulcísimo trabajo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia”. *Don Quijote de la Mancha*, Miguel de Cervantes, Primera parte, capítulo XI.

¹⁰ Este pertenece a una de las visiones de Juan en el *Apocalipsis*, capítulo 11, en la que la Mujer da a luz en el cielo al hijo de Dios mientras la Serpiente Original espera para devorar a la criatura. Cuando nace, Dios lo lleva junto a él, para protegerlo se entiende, y la mujer huye al desierto durante un tiempo. Para Servet, la verdadera Iglesia era aquella mujer que huyó perseguida por la Serpiente, es decir, aquellos que, siguiendo la verdadera doctrina del Cristo, eran perseguidos por Satán, que en Servet en este caso sería la Iglesia de Roma tras el Concilio de Nicea. Cf. Fuentes, F., “El *Apocalipsis*, ¿llave al Conocimiento o a la herejía?”, en Josefina Bas et alii, *Estudios sobre Miguel Servet I*, Zaragoza, I.E.S. Miguel Servet y Gobierno de Aragón, 2004, pp. 77-93.

¹¹ Ángel Alcalá, “Los dos grandes legados de Servet: el radicalismo como método intelectual y el derecho a la libertad de conciencia”, *o. c.*, p. 228.

¹² *Idem*, p. 229.

Como se ha dicho, el principal factor de disonancia con la Iglesia Católica fue el de que Servet llegó a la firme conclusión de que ésta, tras ese concilio de Nicea de 325, primero de los cuatro concilios ecuménicos¹³, que asentarían entre otros el concepto de la Trinidad, había estado renegando de la verdadera doctrina apostólica para imponer lo que él denominó como “fermento de Aristóteles”. Considera que la interpretación de las Sagradas Escrituras que se da en Nicea se contradice con el verdadero mensaje de la Biblia, que él mismo había encontrado siguiendo un método propio y radicalmente distinto del que seguían los teólogos de su tiempo. Las reformas que realizó la Iglesia tras esos cuatro concilios, que pueden claramente apreciarse si se compara el credo apostólico con el credo niceo-constantinopolitano, para Servet no era más que la obra del mismísimo Satán, encarnado en el Papa, y la aplicación de los “sacramentos” católicos, no hacía más que extender la Marca del nombre la Bestia que aparece en el Apocalipsis: el 666 (o el 616, dependiendo del traductor). Ese fermento que era la teología de su tiempo, que él denomina “filosofía grecoide”¹⁴, fue lo que para él había producido la “caída y fuga de la Iglesia”, imagen del Apocalipsis en la que la Mujer huye al desierto perseguida por la Serpiente antes mencionada.

Así pues, la credulidad de las gentes de la cristiandad asimiló estas ideas a base de hábito y costumbre, además de con la ayuda del miedo con que se vivía; calaron muy a fondo entre esta población, sobre todo durante algunas épocas, especialmente en torno al año 1000, en las que pocos se atrevían a cuestionar dichas ideas, por temor a poner en juego no sólo la vida terrenal, sino también la eternidad. De esta manera y echándole cierto sentido del humor, se podría decir que “el hábito hizo al monje” pues, además de la crueldad de algunos de aquellos “siervos de Dios”, fueron esas costumbres populares las que asentaban el poder de la Iglesia entre las gentes, pues constituía el último y más fuerte apoyo en el que ésta encontraba sustento en caso de disensión. Como a finales del siglo XVII escribiría Fontenelle en su *Historia de los oráculos*, en la Antigüedad éstos fueron aceptados por la ignorancia y la credulidad popular, cosa de la que los sacerdotes sacaron provecho y que desapareció tras el conocido como “paso del mito al logos”, la aparición de la filosofía griega¹⁵. Efectivamente, tuvieron que ocurrir grandes movimientos en multitud de ámbitos del saber, no sólo en filosofía y teología, sino también en pintura y escultura, para que la opresión eclesiástica se disolviera en cierta manera y durante algún tiempo.

Observado desde la perspectiva que nos da nuestro tiempo, podemos ver a un Servet activo pero prudente que no estuvo dispuesto a reprimir su opinión y logró encontrar el modo de expresarla durante unos cuantos años.

¹³ Nicea en 325, Constantinopla en 381, Éfeso en 431 y Calcedonia en 451. Se convocaron para hacer frente a las herejías del arrianismo (Nicea-Constantinopla) que subordinaba el Hijo al Padre, el nestorianismo (Éfeso) que afirma una doble naturaleza en el Cristo, y el monofisismo (Calcedonia) que disuelve la naturaleza humana del Cristo a favor de la divina. Tras los cuatro se concluyó que Jesús es Dios (Nicea) pero también es hombre (Constantinopla) siendo el mismo Jesús Dios y hombre (Éfeso) sin que divinidad y humanidad se confundan (Calcedonia), además de la Trinidad tal cual se sigue concibiendo hoy en la Iglesia.

¹⁴ *Graecanica filosofía*, locución utilizada en numerosos pasajes de su obra y de la que podríamos establecer un origen en la obra de San Justino *Quaestiones graecanicae de Deo et de resurrectione*. Referencia tomada de *Compendio de historia eclesiástica general*, Francisco de Asís Aguilar, obispo de Segorbe, sexta edición corregida y aumentada, 1898, Madrid. Tomo primero.

¹⁵ Voltaire, *Cándido, Micromegas, Zadig*, Madrid, ediciones Cátedra, 1985, pp. 12-13.

Como más tarde haría Descartes, el primer estadio del método en Servet es el derrumbe de todo cuanto contradijera la “verdadera” doctrina del Cristo; formas bastantes radicales que en Descartes acabarían difuminándose pero que en Servet permanecerían como patrón a lo largo de su obra. Si en Descartes caracterizamos su método durante la fase de la *eversio* como impregnado de la “duda metódica”, parafraseando diremos que el de Servet lo estaría del “radicalismo metódico”, entendido en dos sentidos: el primero, como el del extremismo intelectual que le lleva a investigar personal pero metódicamente, sin preocuparse por los límites, las consecuencias presupuestas por otras enseñanzas impuestas como verdaderas; el segundo, como el de comenzar desde las raíces, desde lo más profundo del pensamiento: retroceder hasta los orígenes mismos de esa historia del conocimiento de la que hablábamos antes para desechar cuanto no le sirviera.

La labor del método servetiano está enfocada de distinta manera que la del cartesiano: si en éste, donde se desecha todo lo anteriormente tratado, queda reconstruir todo por entero, en el servetiano, no se produce una reconstrucción propiamente dicha, sino una sustitución, lo que implica un viaje a esos orígenes, para discriminar cuanto es válido y correcto (que en Servet son sinónimos, contrariamente que en Descartes, para el que la validez viene dada por la ausencia de contradicción en el sistema y la corrección vendría en último término por la adecuación de la idea a un determinado contexto o situación) de cuanto salió de boca de la Bestia y está sellado con su Marca.

Así, Ángel Alcalá en su obra *Miguel Servet. Sabio, hereje, mártir* dividió el método servetiano en tres fases bien diferenciadas que en este estudio tomaremos no sin matizar donde lo creamos conveniente. La primera fase es, precisamente, la de la búsqueda de las raíces etimológicas con la lectura de la Biblia en sus lenguas originales. La segunda, la búsqueda de las raíces filosófico-teológicas prenicenas: la patrística. Por último, la tercera es la corroboración factual, la comprobación de todos esos datos con lo que la experiencia nos dice.¹⁶

Los cimientos mismos de su pensamiento se encuentran en la etimología. Criticando a los que él denomina como “teosofistas”, que son los teólogos de su tiempo (Servet no se guarda en insultos y calificaciones despreciativas al hablar de sus rivales ideológicos), afirma que nadie que se denomine como tal puede desconocer el hebreo y las demás lenguas en las que fueron redactadas las Sagradas Escrituras, pues no puede guiarse por el criterio interpretativo de otros, ya que en la teología, en esa ciencia de mediación, no hay vehículo ‘de acercamiento’ posible: es el propio individuo el que avanza por su propio pie. De esta manera, establece que la lectura de la Biblia debe realizarse de forma personal y en las lenguas originales, y entender así las palabras y los símbolos en su significado etimológico y literal. Servet es pues un “enemigo de las metáforas” que rechaza una lectura alegórica de la Biblia, contrariamente a los dictados de la Iglesia.

Con este método interpretativo, Servet consiguió disolver numerosas paradojas hacia las que las ideas de la Iglesia lo dirigían, pues consiguió distinguir el nivel de quien dice y el de lo que éste dice, con otras palabras, lo que la Biblia dice (desde su punto de vista, evidentemente) y lo que nos dicen que la Biblia dice. Esta básica

¹⁶ Alcalá, Á, *Miguel Servet. Sabio, hereje, mártir*, Zaragoza, CAI, 2000, pp. 68-69.

distinción fue una de sus mayores herejías, pues afirmaba que la voz de la Iglesia no era palabra de Dios, sino palabra de un hombre y que no era necesario venerar en absoluto.

Esta tendencia de estudiar los textos en su lengua original parece ser propia de su tiempo, pues ya Erasmo de Rotterdam (por nombrar a un personaje concreto, ya que hubo varias corrientes con la misma metodología) se inició en el estudio de los textos originales evangélicos y los primeros trabajos apostólicos.

Es en estos primeros documentos cristianos donde se da lo que en Servet van a ser las metas de todo tratado teológico: la verdad y la simplicidad. Eso que él denominó como “*haebraica veritas*”, “*evangelica veritas*” y “*apostolica veritas*”, es donde se sitúa el axioma de su doctrina: la palabra literal de la Biblia, que es “Palabra de Dios”, y por tanto incuestionable, indudable y simple. Simple no atendiendo a su significado peyorativo sino al sentido que da de unidad, de cohesión y por tanto de indisolubilidad. Parafraseando a Platón, si un cuerpo es un compuesto, un disolvente (en su contexto es la muerte) puede des-componerlo en sus partículas elementales e indisolubles (simples); éste es uno de los argumentos más utilizados a la hora de describir a la divinidad y que nos encontramos, por ejemplo, en Tertuliano de Cartago.

Para Servet, esa elucubración y absurda complejidad en la que para él retoza la Iglesia de Roma no hace más que alejar la verdadera fe en Jesús el Cristo de los creyentes cristianos, ya que no hay nada que impere más en el mensaje de la Buena Nueva que la más absoluta y meridiana simplicidad, lo que Servet denomina la *evangelica simplicitas*. Para Servet, las doctrinas de la Iglesia estaban bañadas de una repugnante complejidad, y las atacará en este aspecto de muy diversas maneras, como la que muestra la siguiente cita: “¿cómo una pobre mujer iba a comprender otro hijo metafísico o hipostático donde erraron tantos heresiarcas, incluso sutilísimos, y aún tropiezan hoy?”¹⁷

Tertuliano, al igual que San Ireneo de Lyon y otros tantos pensadores prenicenos (por categorizarlos de alguna manera, pues la obra de cada uno de ellos posee en sí una riqueza enorme) fueron en los que Servet pasaba a apoyarse en la segunda fase de su método. Así como desechaba como impía la filosofía griega, no por su contenido en sí, sino por la interpretación que se le había dado, la filosofía de estos pensadores le parecía de una importancia radical, pues eran aún cercanos a aquella verdad apostólica y no estaban todavía influenciados por las resoluciones de los concilios ecuménicos. Estudiar a fondo este aspecto sería otro de los temas aún por desarrollar de la persona de Servet y daría para más de uno y más de dos extensos tratados, pues no se pueden establecer criterios únicos, sino que se adaptan a cada autor en particular.

Es en esta fase en la que Servet comienza a establecer referencias con algo externo a la Biblia o sus propios razonamientos; pero, ¿qué mejor ejemplo que el que otorga cualquiera de aquellos sabios al haber llegado a las mismas conclusiones que uno mismo? Nos vemos obligados a matizar que la segunda y la tercera fase que distingue Alcalá podrían agruparse en realidad en una sola que constituiría la corroboración de lo obtenido en la primera mediante ejemplos externos a la Biblia, ya bien de la patrística y demás escritos prenicenos, o de sucesos que hayan acontecido en unas determinadas

¹⁷ Servet, M.; *Obras Completas II. Primeros escritos teológicos*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza [etc], 2004, p. 33.

circunstancias por las cuales cabe que se interprete en ellos algún símbolo de lo ya antes concluido.

IV.- LA CRISTOLOGÍA DE MIGUEL SERVET COMO EJEMPLO FEHACIENTE DE SU METODOLOGÍA

Conforme a estos patrones Miguel Servet construyó todo su sistema que, sólo en calidad de ilustración, resumiremos este apartado. Valgan como introducción sus propias palabras: “Esta es la única verdad evangélica y vida eterna: creer en un solo Dios padre inmortal e invisible crucificado. “Nadie puede decir en su corazón “Señor es Jesús” sino por influjo del espíritu de Dios”. Uno es, pues, Dios, padre de todos, creador, y uno el cristo, hijo de Dios, crucificado. A los cuales sea alabanza y gloria por los siglos sempiternos”¹⁸. Para Servet es de importancia radical no tratar sobre Cristo sino sobre el mismo Jesús para dilucidar su naturaleza. En su interpretación del mensaje de la Iglesia, Servet entendió que ésta dividía la naturaleza de Jesús en hombre y en Hijo de Dios, siendo mortal el primero y eterno el segundo. Ese “segundo hijo” es lo que Servet denomina como “segunda hipóstasis” y será la diana para gran parte de sus críticas, al igual que toda la Trinidad papística, como así puede mostrarnos esta cita de su temprano Manuscrito de Stuttgart: “¿A qué persona señalaba el centurión cuando dijo: “Verdaderamente éste era hijo de Dios?”[Mt 27, 54] ¿Era aquél soldado un metafísico o un sofista para hablar por comunicación de idiomas? Aún no había aprendido nada acerca de esa filosofía grecoide de tres hipóstasis y de supuestos connotativos, sino que reconoció al hijo de Dios en Jesús Nazareno crucificado, cosa que nuestros teólogos niegan tan impíamente”.¹⁹

Servet matiza que ‘Cristo’ es la traducción griega de la palabra hebrea ‘Mesías’, que quiere decir ungido, por lo que concluye que el hombre Jesús fue ungido con el santísimo óleo de la palabra de Dios de manera interna y eso es lo que le hace ser el Cristo. Además, Servet afirma que Jesús poseía una fisiología similar a la nuestra, sin atributos humanamente superiores, pero con la salvedad de que en el proceso de la gestación la “parte masculina”, que Servet dice que aporta lo que hoy denominaríamos como ‘información hereditaria’, era la misma Palabra de Dios (de ahí su unguimiento interno). De esta manera, desde un argumento de Tertuliano, Servet acaba afirmando la divinidad de Jesús el Cristo diciendo: “Jesús fue hecho hombre por la carne, pero le fue otorgada toda la divinidad de gloria, potencia, riqueza, honor y bendición por Dios”²⁰. Es decir, Jesús era un hombre hijo de Dios, que nació en el tiempo, que fue ungido como el Mesías y al que le fue otorgada la mayor gloria divina, llegando a ser Dios mismo, pero no como una segunda persona de diferente esencia, sino como extensión del propio Dios: “no se separa la sustancia, sino que se extiende; así el espíritu nace de espíritu y Dios de Dios. Como la lumbre aunque encienda otras queda entera sin menoscabarse, y no pierde los grados la matriz, aunque de ella se originen otras iguales luces, que si se comunica no se mengua; así lo que nació de Dios es Dios enteramente e

¹⁸ “*Unam esse evangelicam veritatem et vitam aeternam: credere in unum Deum Patrem immortalem et invisibilem et in eum quem misit, ille Iesum Christum Filium suum crucifixum. Unus Deus pater omni[um] creator ut unus Dei Filius Christus crucifixus. Quibus sit laus et gloria in sempiterna saecula*”, o. c, p. 113.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 36.

²⁰ *Ibíd.*, p. 58.

Hijo de Dios, y ambos un Dios tan solamente, Espíritu de Espíritu y Dios de Dios, en quien solamente hace número el grado de la generación, el modillo de la persona, no la majestad de la esencia, que aunque nace no se aparta; como el ramo, aunque nace no se divide del tronco”²¹.

La Cristología de Servet constituye un ejemplo de lo que generó su método y es la raíz de su enfrentamiento con el dogma católico de la Santísima Trinidad. La Cristología puede hacerse “hacia abajo”, partiendo de la certeza de la naturaleza de Dios para concluir la de Cristo e incluso la de los hombres, o “hacia arriba”, partiendo de la naturaleza humana para acabar descubriendo la naturaleza del Cristo y de Dios mismo. Si de Descartes se dijo que fue novedoso al llegar a la certeza de Dios a partir de la naturaleza pensante del hombre, de Servet no se podría decir menos, pues ya un siglo antes realizó una obra cristológica partiendo de los hombres y de la misma naturaleza humana de Jesús para acabar hablando de Dios como un “el creador de las esencias, el que hace ser, la causa de la existencia”²². Así pues, la obra de Servet contiene una fascinante mezcla entre el arrodillamiento que exige el estudio teológico y entre la exaltación del hombre, no en detrimento de Dios sino en la elevación de lo humano, de la misma manera que “Jesús el Cristo es Señor y Dios nuestro por gracia y concesión de Dios”²³, sin dejar de ser Dios tal cual es.

V.- CONCLUSIÓN. ATRAVESANDO UN LIBRO EN BLANCO CON LA AYUDA DEL MÉTODO SERVETIANO

Los verdaderos innovadores de la historia, entre los que incluiremos a Servet, trazaron su propio sendero. A lo largo del artículo he intentado lanzar sobre Servet una mirada paralela a la lanzada al genial Descartes, partiendo del método del segundo como modelo de estudio para el del primero. Lejos de intentar fundamentar la tendencia racionalista a la síntesis del saber, aunque no por la belleza de la idea, lo que se ha pretendido a lo largo del estudio es establecer que el método de Servet no queda lejos de la innovación intelectual que se acepta que supuso el cartesiano. En cuanto a la formulación inicial de *eversio*, Servet y Descartes coinciden plenamente; sin embargo, el primero sigue una vía mucho más prudente en cuanto a sus formas: no ignora cuanto se haya dicho para luego reconstruirlo él mismo; Servet también derrumba todo el edificio, pero para con ello proceder al estudio de los ladrillos caídos y a su posterior clasificación, esto es, separa “el trigo de la cizalla” y conserva aquellos elementos que considera podrían resultar útiles para volver a construir el cristianismo, ahora bien, situados donde él creyera conveniente y no forzosamente en su antigua posición: así, por ejemplo, no desecha el estudio de la historia del pueblo judío para poder adentrarse más en el significado literal de la Biblia, ni el estudio de las lenguas semíticas para comprenderlo sin añadidos posteriores; de acuerdo con esta mentalidad escribió sus cartas a Eccolampadio, de las que destacamos la siguiente cita: “aunque me sepas equivocado en algo no por eso me debes condenar en todo lo demás”.²⁴

²¹ Tertuliano de Cartago, *Apologeticum*, cap. XXI.

²² Servet, M.; *Obras Completas II. Primeros escritos teológicos*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza [etc], 2004, p. 343.

²³ *Ibid.*, pp. 61-62.

²⁴ Ángel Alcalá, “Los dos grandes legados de Servet: el radicalismo como método intelectual y el derecho a la libertad de conciencia”, *Turia* 63-64 (2003), p. 234.

De esta manera Servet estableció la distinción entre lo que se dice y entre cómo se ordena lo que se dice, es decir, entre las ideas y entre el método que las organiza, siendo las primeras neutras de por sí y tan sólo correctas o no, según el fin para el que han sido incrustadas en una determinada estructura y de una determinada manera.

Como corolario de todo lo tratado, como dijo Castellio, ya antes citado, “matar a un hombre no es defender una doctrina, es matar a un hombre”, es decir, las ideas pertenecen al hombre mientras éste vive, pero cuando deja de hacerlo, las ideas no dejan de existir por dejar de pertenecerle; así, aunque Servet fuera místico en ciertos aspectos y se fundiera con su obra, la obra de Servet no es Servet, es tan sólo su obra: el hombre es el investigador que avanza, es el motor de sí mismo y el arquitecto de su camino, su obra sólo es el camino por el que ya ha pasado.

Esta concepción constituye en sí misma uno de los más grandes legados que un hombre puede dejar al torrente del pensamiento humano, pues da pie para que reflexionemos sobre la rotundidad de nuestros razonamientos y nos lleva directamente a la necesidad de la libertad de expresión y del respeto como norma básica para convivir en sociedad y como instrumento para avanzar en el camino hacia esa verdad absoluta, que no alcanzarla, lo cual desde mi punto de vista es utópico, pero no por ello baladí.

Y ahora ya a la altura en la que detendremos la construcción de nuestra reflexión, dejemos de mirar por un momento lo que constituyen tan sólo unos cimientos, los puestos por el método servetiano, y unas herramientas, traídas de la mano de Descartes, para poner el que será el siguiente ladrillo de nuestro edificio, y último en esta ocasión, que espero plantee una interesante vía de reflexión. Me estoy refiriendo a la historia filosófica del gigante Micromegas escrita por François-Marie Arouet, Voltaire.

Micromegas “pasó al mismo Júpiter y allí permaneció un año, durante el cual aprendió muy hermosos secretos que estarían hoy imprimiéndose a no ser por los señores inquisidores, que encontraron algo duras algunas proposiciones”²⁵. Así como el pensamiento de Servet fue callado por la intransigencia, las implicaciones gnoseológicas que su método conlleva fueron camufladas por el hollín y la ceniza. Pero hoy, cada uno de nosotros puede limpiarlas en su interior, a lo largo de esa íntima y personal búsqueda que es la investigación, y ayudarnos de ellas para llegar adonde nos lleven nuestros pasos y no impidiendo que otros lo hagan a su vez, pues cada uno elabora su sendero y lo correcto es absolutamente relativo al que camina. En boca de Voltaire, “reverencio el poder eterno; no me pertenece a mí limitarlo: no afirmo nada; me contento con creer que hay más cosas posibles de las que se piensa”.

Hablándole a la intransigencia humana se encontró el enorme Micromegas cuando llegó a la Tierra. Ya a punto de marchar, “un poco enfadado al ver que los infinitamente pequeños tenían un orgullo casi infinitamente grande”, decidió “hacerles un hermoso libro de filosofía, escrito con letra muy menuda para uso suyo” y que pudieran así observar realmente “el fondo de las cosas” que tan rotundamente afirmaban conocer cada uno de ellos. “Efectivamente, les dio aquel volumen antes de su partida: se llevó a París a la Academia de Ciencias, pero cuando lo abrió el secretario, sólo vio un libro totalmente en blanco: « ¡Ay!, dijo, ya me lo había figurado»”²⁶.

²⁵ Voltaire, *Cándido, Micromegas, Zadig, o.c.*, p. 180.

²⁶ *Ibíd.*, pp. 194-195.

Desde luego tanto la diafanidad del libro como la prepotencia del secretario pueden entenderse de numerosas formas, pero en este estudio hemos elegido este pasaje del *Micromegas* de Voltaire como conclusión porque permite, al que así lo decida, dar el último de los pasos que se han pretendido dar a lo largo de este texto: que aquél que ya ha encontrado lo que nosotros andamos buscando, a la hora de comunicárnoslo, nos lo regale mediante páginas diáfanas, puede hacernos pensar que lo que en realidad nos está intentando trasladar es que la investigación es efectivamente una búsqueda personal, a la que nadie te puede empujar, que tú mismo debes dibujar y que, por tanto, tiene su final allí donde nosotros lo queramos situar.

Volviendo a Descartes, distingue dos clases de individuos: “los que, creyéndose más hábiles de lo que en realidad son, no pueden evitar el precipitarse en sus juicios ni tener la suficiente paciencia como para ordenar todos sus pensamientos (...) y los que, teniendo bastante razón, o modestia, para juzgar que son menos capaces de distinguir lo correcto de lo incorrecto que otros por los que pueden ser instruidos, tienen que contentarse con seguir las opiniones de éstos en vez de buscar mejores por ellos mismos”²⁷. Servet nos enseñó a salir del segundo grupo y a no entrar en el primero, y no gracias a otra cosa que su método. Es su metodología vital, su manera de enfrentarse a la situación y de resolverla, la que puede enseñarnos que el respeto profundo debe ser una necesidad que debemos generar en la sociedad.

Que cada uno decida lo que le parezca cuando se encuentre frente a su libro en blanco; si lo desea, que siga conjeturando como el que ya se había imaginado tal respuesta, pero que aun así permita que los demás, siguiendo nuestros propios criterios, dibujemos nuestro propio sendero y construyamos una sociedad de mentalidad plural en la que nadie vuelva a ser quemado por sus ideas. Si hay alguien que pueda enseñarnos a esto mejor que nadie, ese alguien fue y es Miguel Servet, y si lo consigue, es gracias a su método y a toda la reflexión que éste nos invita a generar.

* * * *

Fuente: Emilio Campo, *Estudios sobre Miguel Servet II*, Zaragoza, IES Miguel Servet, 2006, pp. 17-48.

²⁷ « Le monde n'est quasi composé que de deux sortes d'esprits auxquels il ne convient aucunement. À savoir de ceux qui, se croyant plus habiles qu'il ne sont, ne se peuvent empêcher de précipiter leurs jugements, ni avoir assez de patience pour conduire par ordre toutes leurs pensées [...] et de ceux qui, ayant assez de raison, ou de modestie, pour juger qu'ils sont moins capables de distinguer le vrai d'avec le faux que quelques autres par lesquels ils peuvent être instruits, doivent bien plutôt se contenter de suivre les opinions de ces autres qu'en chercher eux-mêmes de meilleures ». René Descartes, *Discours de la Méthode*, o. c., pp. 20-21.